

EL PABELLON

Organo de la Asociación de las Antiguas Alumnas del Colegio del Sagrado Corazón

PUBLICACION MENSUAL

Suscripción anual ----- \$1.00
Ejemplar ----- .10

Dirección Postal: Apartado 3095, Santurce

Teléfono 412, Santurce.

Vol. III

Abril y Mayo, 1944

Núm. 5

EL CENTENARIO DE MATER

El día primero del próximo mes de mayo celebran la Sociedad del Sagrado Corazón y sus alumnas y ex-alumnas el centenario de Mater Admirabilis. En ese día, hace cien años, la Madre Pauline Perdreau tuvo la divina inspiración de pintar la imagen de la Santísima Virgen, niña en el Templo, del modo como la conocemos hoy, inspiración que valió a las Madres y alumnas del Sagrado Corazón el incalculable tesoro recibido del cielo en la forma de Mater Admirabilis.

Toda fiesta católica debe ser motivo de regocijo y prueba de leal adhesión para las verdaderas hijas de la Madre Iglesia. Con todo, aun dentro de los límites del deber religioso tiene el corazón sus preferencias. Para las alumnas, actuales y antiguas, del Sagrado Corazón, la celebración de este centenario es un honor, un privilegio, una honda y genuina alegría. Todas las que recuerden lo que para ellas significó Mater en los años de colegio y luego en su vida de sociedad y de familia—y creo que ninguna lo olvida—harán eco a este sentimiento.

Al fondo de la estrecha galería, en su capilla luminosa y recogida, está hoy, como ayer y siempre, nuestra Mater. El ambiente que la rodea es sereno y dulce como prueba de que sólo en el servicio de Dios encuentra el corazón paz y verdadero sosiego. La actitud de la Virgen es humilde y digna, según corresponde a la que reúne en sí dos supremos oficios, Esclava y Madre del Señor. Se puede decir que la vida del Colegio gira alrededor de esa tranquila capilla y de la hermosa imagen que alberga. En efecto, allí encuentran Madres y alumnas consuelo, fortaleza,

inspiración. Y es porque Mater constituye a la vez un refugio, un modelo y un símbolo: refugio para el corazón herido o sano, triste o alegre, cansado u optimista; modelo en el cual deben copiarse todas las mujeres cristianas, no importa cual su estado; símbolo de la importancia del trabajo, del poder de la oración, de la grandeza del amor divino . . .

Cuando las antiguas alumnas del Sagrado Corazón piensan en el Colegio que fué escenario de sus felices años de estudiantes, la primera imagen que surge en su mente es la dulce y querida de Mater. Es porque entre los mil deliciosos recuerdos de sus dorados años juveniles, el más tenaz, el más importante, el más significativo y apreciado es el de la Virgen Niña a quien dedicaron el primero y el último pensamiento cada día, a quien acudieron como a puerta de asilo y fuente de consuelo, en quien, en fin, pusieron todas sus predilecciones.

Aquellos años ya pasaron, pero el amor y la devoción a la Madre Admirable laten intactos en el corazón de todas las antiguas alumnas. Su centenario, que se celebrará en el colegio el 20 de octubre, nos traerá una oportunidad incomparable para demostrárselo. Hagámoslo, con entusiasmo y regocijo, asistiendo a las ceremonias de ese día, para que Mater Admirabilis nos vea de nuevo a sus pies con la confianza y el amor de los años de infancia, y viéndonos nos bendiga y volvamos de nuevo a la vida fortalecidas por esa su bendición maternal.

Luz María CANDAL

LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON

Tercera Promesa:

LOS CONSOLARE EN TODAS SUS PENAS

Al escribir sobre esta tercera promesa acude a mi memoria un proverbio, leído hace años, que reza así: "Si quieres recoger dolores siembra amor." ¡Cuán verdadero es que todas nuestras penas tienen su origen en el amor, porque es esta pasión el eje del mundo!!

Ya sea por la pena causada por la pérdida de los bienes de fortuna; ya por la falta de salud; ora por la ausencia o pérdida de seres queridos, y subiendo una grada más en la escala del dolor, sean las penas interiores de que nos hablan los místicos, que padecen las almas que se consumen en celo por la gloria de Dios; en todos estos sufrimientos anda en juego el amor y así, sólo el Divino Corazón es capaz de dar consuelo, porque es El la plenitud del amor.

El amor a su Eterno Padre y su amor a los hombres hizo que bajara a la tierra y dice el Padre Faber: "La ley de la Encarnación es ley de padecimientos. Nuestro Señor fué varón de dolores y padeciendo redimió al mundo, su Pasión no fué solamente un acaecimiento de su vida, sino todo el fin de ella y su desenlace propio y conveniente. El Calvario no se diferenció de Belén, ni de Nazaret; sobrepujólos en grado, no en naturaleza. Los treinta y tres años todos, fueron duración de un padecimiento perpetuo, bien que varió en especie y en intensidad. Pues bien; esta misma ley de padecimiento a que Jesús quiso someterse, comprende a todos cuantos le *siguen*, y aún los abraza y rodea, tanto más cuanto son más santos, hasta querer dominarlos en absoluto."

En modo alguno podía ofrecernos Nuestro Señor librarnos del dolor, pues sería aniquilar el amor, y es éste el móvil de nuestra existencia, ya que en dos preceptos se encierra toda la ley: Amar a Dios sobre to-

das las cosas y al prójimo como a sí mismo por amor de Dios.

De ahí que la invitación de Nuestro Redentor nos dice: "Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis el reposo para vuestras almas; porque suave es mi yugo y ligera mi carga." Y todavía nos apremia más: "Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame."

La contemplación que acabamos de hacer de la Pasión son, clave de la confianza sin límites que hemos de tener en el Divino Consolador, ya que sus sufrimientos son prueba de su amor por los hombres; nos manifiestan que los mismos son la fuente del consuelo que nos brinda, porque no es capaz de consolar el que sólo de oídas conoce el dolor, sino Aquél que por todos ha pasado.

Cantamos ahora el Aleluya de la Resurrección y así como ésta fué escuela de los sufrimientos del Calvario, así nuestras almas entonarán un himno de alegría al ver realizada la promesa del Sagrado Corazón: "Los consolaré en todas sus penas" ya que estas palabras no son sino confirmación de las del Sermón de la Montaña: "Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados" y nos convencernos de que, (citando de nuevo al Padre Faber) "Las gracias abundantes son cordilleras de montañas formadas por las ebulliciones subterráneas del dolor."

Sigamos pues a Nuestro Señor llevando nuestra cruz y repitiendo confiadas:

"Corazón de Jesús manantial de todo consuelo"

Tened piedad de nosotros.

Estéfana CANALS

E. de M.

DE UTUADO, P. R.

Adjunto remito el importe de mi suscripción al periódico por el año presente. Al mismo tiempo deseo extender mi entusiasta felicitación al grupo encargado de su redacción, por su brillantísima labor, haciendo que hasta a los más apartados rincones de la isla nos lleguen las notas de nuestro Colegio y revivan en nuestras mentes los gratos recuerdos de la época en que fuimos alumnas de ese inolvidable plantel.

Un aplauso para todas y larga vida a EL PABELLON.

Margarita Esteva de Carbonell.

De Maunabo, P. R.

Con mucho gusto e interés he leído mensualmente todos los números de la interesante revista que ustedes dirigen tan dignamente y les incluyo un giro postal para que tengan la bondad de seguir enviándome dicha revista la cual nos trae siempre los sabios y gratos recuerdos de las dignas Madres y compañeras de nuestra tierna juventud.

Al empezar un nuevo año, para todas mi saludo y felicitación.

Carmen Hernández de Martorell.

¡ESA JOYA INCOMPARABLE!

Tomado de LA VOZ DE MATER, Boletín de la

Asociación de Antiguas Alumnas de México.

“Y la novia lucía elegante vestido de satín marfil, velo de tul ilusión la envolvía toda... Sencillo tocado de azahares realizaban su juventud... Era el ramo de botones de flor de naranjo..

Y caminó serena en la gran Basílica, del brazo de su padre.

“¿Ya viste qué perlas en sus aretes?”

“¿Qué corte del vestido!”

“¿Qué bien se casa!”

“El es muy buen muchacho”.

“Y, ¿qué adorno floral!”

“¿Y el cortejo! y las mantillas...”

Pero los ojos que saben ver y el gusto que sabe apreciar quedaron fascinados por esa joya incomparable que colgaba por una cadenita de su cuello y brillaba como una estrella sobre su pecho.

¿Engarzada en platino? ¿Diamantes y perlas? ¿Algún pendantif de la abuela? ¿Regalo del novio a la novia?

Era tal su brillo que palidecían los cirios ardientes en el altar; y tenía tal calidad de cristal de roca o de matutino lucero, que hasta parecía estar captando en su superficie una mirada de la virgen Guadaluana, ante cuyo altar escogieron desposarse.

Sí, relamente, algo tiene de cielo esa joya de cinco pesos.

Bendita mil veces la novia que el día de su boda no encuentra mejor gala ni más rico adorno para llevar sobre el pecho que su medalla de Hija de María, símbolo de todo su ser, de su alma misma.

¿Qué garantía para el esposo!... saber que en su hogar será reina una mujer valientemente cristiana, cristalinamente pura, hecha al combate y preparada al sufrimiento, cuyo corazón no se adhiere al oropel porque le han enseñado a amar lo supremo.

¿Qué belleza insuperable la de una joven que creció bajo la mirada de la Virgen del Templo!

Ni el gusano roerá, ni la polilla acabará ese hogar orientado al Cielo. ¿Y qué castas las alegrías! ¿Y los verdaderos goces! Y ese tomar el pan con la mantequilla del merecimiento. Y crecer y multiplicarse como las aves del cielo. Y dejar en cada hijo la semilla de lo eterno.

Virgen de Guadalupe, ¿Te miraste a las doce en tu espejo?

Madre Admirable, sé que esta tarde perfumarán azahares tu cestita de costura.. una hija tuya toma su puesto y tu imagen la protege como un escudo y es joya incomparable pues es tu espejo.

Manuela Amor de Hill

Villa de Guadalupe — 26 de noviembre, 1943.

EL SAGRADO CORAZON EN SANTIAGO DE CUBA

(Continuación)

en Camagiiey, donde se encontraban camino de regreso a la Habana y a donde les fué trasmitida telegráficamente.

Fué esta la última casa aprobada por la Reverenda Madre Digby y podemos decir que fué su testamento ya que murió después de haber nombrado superiora de la misma a la Reverenda Madre Moreyra.

El 16 de agosto de 1911 llegaron a Santiago las Madres, fundadoras, eran ellas: la Rev. Madre Moreyra, la Madre Nieto, la Madre Ruiz del Arbol y la Hermana Meléndez quienes a su llegada se instalaron en la casa de las Hermanitas de los ancianos desamparados, en el Asilo de San José, de quienes recibieron solo atenciones y muestras de cariño mientras fueron sus huéspedes.

Días de movimiento para las Madres fueron aquellos primeros recorriendo la ciudad en busca de

casa y organizando su instalación. Aprovechando entonces la falta de clausura fueron al Cobre en peregrinación visitando a la Santísima Virgen en su santuario, entonces una pobre iglesia; quince días después volvían a encerrarse en su clausura habitual.

Escogieron las Madres para su residencia y el pensionado una casa y después tres, de la calle de Heredia baja, teniendo por vecinas en el frente a la familia Tamayo que fué y sigue siendo siempre tan entusiasta y tan adicta al Colegio.

Con setenta niñas matriculadas se abrieron las clases en aquella querida casona de Heredia que tantísimos y tan gratos recuerdos guarda para todas las que convivimos bajo su techo.

Los primeros pasos del pensionado fueron de aclimatación; encontráronse las niñas una disciplina que les era desconocida y no faltaron incidentes pin-

torescos. La obediencia a la "señal", el silencio, los arreglos, todos esos pequeños detalles que son el Sagrado Corazón, eran para ellas nuevos motivos de confusión y de sorpresa. Las notas del primer domingo fueron objeto de comentarios, juicios y protestas hasta que la Reverenda Madre con una clara exposición de lo que cada calificación significaba y de las obligaciones que el reglamento del colegio exigía de ellas, unida a unas palabras de cariño y de aliento y algunos pequeños obsequios hizo volver las ovejas al redil conformes y contentas.

De esas primeras niñas que vistieron el uniforme del Sagrado Corazón muchas acuden siempre a todas las fiestas y reuniones de Antiguas Alumnas así: Matilde Vázquez de Vega, Mariana Tamayo, Mariana Bravo de Font, etc., otras residen fuera de Santiago pero aprovechan cualquier oportunidad para demostrar su adhesión y cariño al Colegio.

Catorce años podemos decir que duró la fundación porque durante los catorce años que estuvo el Colegio en aquella casa sólo pudo disponer de una instalación rudimentaria ya que las condiciones de la misma no permitían otra cosa.

En la casa marcada con el número 10 estaba la entrada al Colegio, allí en la planta baja la sala de recibo, la Capilla, un tiempo, y subiendo, la sala de estudio del gran pensionado, dominios durante años de la querida y "temida" Madre Gavaraín, vigilante general; también allí la salita de la Maestra General, la querida Madre María Tamariz y después la

no menos querida Madre Dunn: y salas de clase.

El vetusto "Correo" (lo fué primitivamente) soportó el peso de los años mientras lo necesitamos y nos brindó la amplitud de su gran sala que fué: sala de actos y fué Capilla, tan sobre la calle que era imposible sustraer la atención a los pregones de los vendedores y a los comentarios de la gente que en horas tempranas subían del mercado; sus corredores interiores fueron salas de clase y refectorio; ¡cuántas veces durante las comidas crujió el "flamante" piso de madera bajo el peso de la silla de alguna gordita, con el consiguiente alboroto de la concurrencia.

En las peores condiciones el pequeño pensionado que abría sus ventanas sobre el ¡¡¡Parque!!! solar contiguo a la casa, sembrado de álamos.

Y los días de lluvia, ¡qué corre, corre de las que estaban bajo alguna gotera inoportuna!

Todas estas circunstancias no favorecían ciertamente la disciplina, pero contribuyeron a fomentar cierta sencillez y un espíritu de familia, sin menoscabo del respeto de la autoridad, que se ha transmitido hasta nuestros días, siendo la característica de esta casa de Santiago. Fueron Superiores durante esta época las Reverendas Madres Moreyra, Guadalupe Landerreche, y de nuevo la Madre Moreyra.

La casa que ocupaba la comunidad aunque en buenas condiciones, era pequeña y no respondía a las necesidades de la misma por lo que muchas Madres enfermaban.

C R O N I C A S O C I A L

Sentida Muerte:

El 22 de marzo dejó de existir en el Colegio de Santurce la buena Madre de Beausse. Hacía unos días había sufrido un derrame y el desenlace se esperaba de un momento a otro. Mucho la sentimos las que fuimos sus discípulas; sin embargo estamos seguras ya habrá recibido en el cielo el puesto que con su larga y santa vida religiosa se conquistó.

Hacemos extensivo nuestro pésame a la Reverenda Madre Pons y Comunidad por la muerte de la Madre de Beausse.

De Regreso:

Hace unas semanas llegó procedente del Colegio

de Tejadillo (Habana) para quedarse en el Colegio de Santurce la querida Madre Pilar Géigel. Mucho nos alegramos de su regreso.

También regresó recientemente del Norte la tesorera de EL PABELLON,, María Providencia Hernández de Montoto. Ansiosas esperábamos su llegada.

Matrimonio:

Carmina Méndez y Quique Shroeder.

Nacimiento:

Jaime Guillermo: De Isabel Rubert y Jaime Fonalledas.

COMO CONOCI A SAN JOSE

Por

MARIA LUISA DE LA LLATA DE QUESADA

Tomado de "La Voz de Mater", Boletín de la
Asociación de Antiguas Alumnas de México.

No es broma queridas compañeras, no es broma, ni tampoco título de película cursi como a muchas ocurrirá pensar, no; es que verdaderamente yo vi en carne y hueso a San José, pero como una aseveración de esta naturaleza no se cree así nada más, voy a tratar de contarles cómo ocurrió aquel maravilloso suceso, dejando a la buena voluntad de ustedes llamarme a Lucas o bien creer con ingenua fe como lo creo yo que realmente vi el bienaventurado Patriarca.

Haré esta narración lisa y llanamente para que tanto ustedes como yo nos hagamos la ilusión de que es la colegiala de entonces la que habla con el entusiasmo propio de aquella feliz edad y el aturdimiento natural de un sucedido tan extraordinario.

Cuando terminé la clase superior, la Reverenda Madre de Lavigerie, que siempre me distinguió con particular predilección, arregló con mi familia que fuese a Europa como pensionista libre a diferentes Colegios de la Sociedad. Hice el viaje con la propia Rvda. Madre e iban como novicias llenas de entusiasmo y alboroto, las Madres Josefina Tortolero, (q.p.d.) y Lupe Michel (q.p.d.).

Al llegar a Inglaterra sonó la hora de separarnos, me sentía inmensamente triste y de buena gana hubiese vuelto a mi patria; Inglaterra se me figuró horrible, además hasta allí la Rvda. Madre y las novicias habían velado sobre mí con maternal cariño y en adelante tenía que desembrollarme sola, pero me sentí confortada con el consejo de la Rvda. Madre al despedirnos: "Si quiere disfrutar de su viaje, María Luisa, sea como hasta aquí, confíe siempre en nosotras, nuestro crazón está modelado para dar cariño y ayuda." Como efectivamente pude comprobarlo en todos los Colegios que visité después, la solicitud, el cariño y la ayuda de las Madres me siguió por doquiera y procuraron que el calor del hogar lo encontrase en detalles nimios, haciéndome obsequios y buscándome diversiones honestas.

Por primera escala fuí a dar al suntuoso colegio de Roehampton (Londres) donde pasé una temporada para luego ir al Colegio del 212 de Hammersmith Road en el mismo Londres, donde las Madres hospedaban a las pensionistas libres de otros muchos colegios, que íbamos a pasear. Aquella fué una época que nunca olvidaré. Por lo pronto tuve el gusto de

encontrar dos compatriotas, Lola y María Sanz, también recuerdo con cariño a nuestra chaperonne, una Miss genuinamente inglesa muy discreta e instruída que nos paseaba lo mejor que podía haciéndonos ver todo lo grande y bello que encierra esa gran urbe.

Pero meses después recibí una carta de la Rvda. Madre de Lavigerie en la cual en nombre de la Reverendísima Madre Digby se me invitaba a pasar una temporada en el 33 del boulevard de los Inválidos, (París). ¡Calculad mi suerte, iba nada menos que de huésped a la "Maison Mére"!

El día señalado para la partida encontré en la estación a la Madre de Narbonne que me llevaría a Francia, era encantadora y fué muy amable desde el primer momento con la "petite mexicaine". Sentí mucho dejar el Colegio de Hammersmith, las Madres inglesas y las compañeras entre las cuales tenía verdaderas amigas, pero por otro lado volver a ver a la Rvda. Madre de Lavigerie, ir a la Casa Madre y conocer París me tenía algo levantada de cascos y para no mentir les confesaré que a la vez iba triste y alegre como unas castañuelas.

Pero Dios Nuestro Señor había dispuesto que aquel viaje fuese lo más azaroso para mí y mis penas comenzaron a los veinte minutos de haber zarpado el vapor que nos trasladaba de Dover a Calais; la Madre estaba mareada pero con un mareo espantoso, tan enorme que la camarera llamó al Doctor. Naturalmente que no me separé de su lado un instante y todavía recuerdo su lívido rostro y el horrible pensamiento que me asaltó más de una vez: ¿Qué hago, Dios mío, si la Madre se muere? Pero llegamos a Francia y ¡cómo di gracias a la Santísima Virgen!... ayudada por dos franceses que lamentaban a voz en cuello el percance de la "Bonne Soeur". Fuí a la aduana y entre mis tartamudeos asegurando que nada teníamos que declarar y el cadáver que se agarraba a mi brazo no nos hicieron caso y listos nuestros bártulos fuimos a tomar el tren que nos llevaría a París; comenzaba a respirar a gusto cuando noté con horror que la Madre se mareaba nuevamente aunque ahora no tanto como en el barco.

Y llegamos por fin a la estación de París, donde con gran sorpresa vi que nadie nos esperaba y aquí me tenéis de nuevo bregando y hablando francés para

liena de susto, tomar un "fiarce", meter dentro a la Madre y dar todo el equipaje al cochero para que lo echase a la parte de arriba del coche donde yo lo creía bien, dado que eso hacía todo el mundo y que los coches tenían un barandalito lo suficientemente alto para la seguridad del equipaje que se le confiaba, pero, ¡quíá!... ya vereís... Aquél bendito cochero juzgó que tan mezquino como mi francés iba a ser el "pourboire" y debe haber echado todo de mala gana, no puedo imaginar otra cosa.

Y aquí empieza lo maravilloso, ya más tranquila me volvía toda ojos para recibir el primer espaldarazo de asombro que siempre causa París y tan pronto miraba aquí como allá, lejos o cerca... Pero al fin noté que un anciano corría a la par de nuestro coche y hacía señas, ¡estás aviado, pensé, si crees que vamos a meterte en nuestro coche! y le volví el rostro disgustada a más no poder, pero él no se daba por vencido y seguía corre que corre a nuestra vera haciendo señas y más señas que yo disimulaba no ver y que la Madre realmente no veía porque iba recostada en el asiento y con los ojos cerrados. Aquella persecución duró un gran rato por lo cual ya sumamente escamada y con el rostro del anciano pegado al vidrio, decidí fijarme bien en él, lo hice así y comprendí inmediatamente aquella persecución y lo que significaba su mímica cuando vi que blandía al aire el maletín de mano de la Madre y que yo con el equipaje mío había echado arriba del coche, de donde seguramente cayó haciendo correr varias calles en pleno París a un honrado viejecito para devolvérmelo; subí el vidrio y sonriendo agradecida tomé el maletín, quise buscar algo en mi monedero para gratificarle, pero ya con sonriente rostro se había alejado del coche. Al abrir la ventanilla, la Madre se enderezó y lo primero que vieron sus ojos fué la sospechosa maniobra que hacía con su maletín, materialmente lo arrebató de mis manos y aferrada a él con todas sus fuerzas se recostó de nuevo en su rincón.

De Utuado, P. R.

Les estoy enviando la cantidad de \$1.00 para abonar a la suscripción anual del periódico. La emoción ha sido intensa al leer sus páginas, que nos vienen a traer el recuerdo de los años felices, los más felices quizá de nuestra vida y las compañeras de esos tiempos que son inolvidables.

Isabel Frau de Frau.

Afortunadamente ya íbamos por el boulevard de los Inválidos y pronto llegamos al 33. Nos esperaban las Madres y después de los saludos propios del caso, expliqué lo enferma que venía la Madre de Narbonne.

Con las nuevas y gratas emociones que me esperaban, tenía yo olvidado este percance, pero a los pocos días y en ocasión de encontrarme con la Madre de Narbonne, ya completamente restablecida, amable y sonriente como antes de marearse hizo que le contase todo lo relativo al anciano que devolvió su maletín y entonces supe lo más sorprendente; en aquel famoso maletín venían varios millones de francos, millones destinados a comprar en pública subasta días después le hermosa finca del Colegio de Marmoutier que les había sido expropiada, pues todo esto ocurrió en aquella infausta época en que las órdenes religiosas eran expulsadas de sus casas y de su patria.

Me quedé lela... asustada... ¡¡Varios millones!! —Pero Madre —le dije— usted al sentirse enferma debió advertirme que cuidase el maletín.

—Mon enfant —fué su respuesta— yo sentí que me moría, nunca antes me había mareado, en varias ocasiones he cruzado el Canal, así que mi enfermedad fué una sorpresa y con lo último que me quedaba de vida invoqué a mi gran protector San José, a El confié el dinero... et vous... et vous voyez... Ya lo creo que lo veía y fué tanto mi gusto que con mi loca alegría de entonces comencé a gritar y brincar:

...Madre, Madre, San José nos devolvió el maletín, El era el viejito que tanto corría detrás de nuestro coche... no lo dudo... Madre...

—No lo dudo —me contestó ella— no lo dudo, San José me ha dispensado siempre beneficios que no tengo palabras para expresar, gracias a El visto este sagrado hábito y... luego este último beneficio.

De pronto me quedé sin palabras, algo muy maravilloso me desconcertó y segundos después exclamé: ¡YO CONOZCO A SAN JOSE!

De Santurce, P. R.

Por nada del mundo dejaría yo mi suscripción de ese nuestro querido periódico que tanta alegría y amena lectura trae todos los meses a mi hogar y siempre estaré dispuesta a ayudarles en lo que me sea posible en todo lo que se refiera a actividades de nuestro amado Colegio.

Georgina Capó de Andréu.